

*Panorama del Teatro Chileno. 1842-1959.*  
*Estudio crítico y antología, por Julio Durán Cerda.*  
Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1959

Don Julio Durán Cerda irrumpe, al publicar su *Panorama del Teatro Chileno*, con una nota nueva entre los escritores a quienes interesa la realidad histórica de la literatura nacional. Cree en la existencia de ese teatro, reiteradamente negado a lo largo del tiempo; más aún: entiende que es digno de estudio, que algunas de sus piezas pueden ser reimpresas en estos días y que sobre ellas podría intentarse una exploración al través del alma popular. La obra a que nos estamos refiriendo abarca de 1842 a 1959, si bien lo que en sus páginas se lee sobre los últimos años es muy reducido y se limita, en sustancia, a ciertas ágiles enumeraciones de nombres de autores y de obras. Antes de considerar los hechos ocurridos desde 1842, el autor explica, también en pocas páginas, lo que ocurrió en fechas anteriores, esto es, las noticias que existen sobre el teatro en el período colonial y los esfuerzos que se hicieron para dar permanencia al espectáculo teatral desde 1812.

El señor Durán señala muy oportunamente que ya en esa fecha Camilo Henríquez, en su *Aurora de Chile*, instaba a los chilenos a fijarse en el teatro como instrumento de corrección de los usos políticos, actitud didáctica extraña, pero, tal vez, oportuna en las circunstancias, es decir, dentro del marco de la Patria Vieja. Después el autor indica el gusto de O'Higgins por el teatro, como uno de los motivos de la protección que hubo de recibir su edecán Domingo Arteaga, cuando a éste se le ocurrió establecer en Santiago una sala teatral (p. 8). Estas iniciativas demoraron en cuajar, del mismo modo como demoran las flores en convertirse en frutos, pero no estaban destinadas a frustrarse; y al llegar, en 1842, no se presentaron solos, sino acompañados de una serie de otros sucesos literarios con los cuales puede aseverarse que en ese año pasó a mostrarse el espíritu nacional grandemente evolucionado con relación a sus inmediatos antecedentes; pero, entiéndase bien, evolucionado,

no convertido súbitamente de carbón en diamante, como han querido ciertos autores.

Por este detalle, como por otros, puede afirmarse que el señor Durán forma parte de una nueva generación de estudiosos de las letras chilenas, de la cual podemos esperar la ejecución de monografías de calidad, en que se vayan cancelando, uno a uno, los motivos de disgusto que dejaban las de ayer.

En 1842 estrenaron sus obras Carlos Bello, hijo de don Andrés, y Ernesto Minvielle, pero ambos tuvieron a bien mantenerse lejos de la escena chilena, que les rodeaba por todos lados, para ir a buscar sus temas fuera del país. Algunos años más tarde, Alberto Blest Gana producía "la primera pieza teatral chilena que posee el auténtico sabor de lo nuestro, sin idealizaciones ni concesiones al gusto romántico" (p. 23), *El jefe de la familia*, que publicada por primera vez en 1858, quedó cerca de un siglo sin ser de nuevo editada. Desde entonces, corre el teatro que podríamos llamar criollo, o vernáculo, donde generalmente se da la nota de la idiosincrasia nacional mediante la exhibición de cuadros de costumbres o se presentan en escena episodios históricos o se hace uso de los resortes de la psicología nacional en contraste de la vida social y de los usos de la política. Consideradas las cosas en globo, no cabe duda que concederemos la palma en esta explotación del tesoro espiritual de la nación, bajo formas teatrales, a Daniel Barros Grez, en cuya opulenta galería dramática hay bueno y malo, pero en todo caso un consciente, disciplinado y heroico esfuerzo para trabajar con el material chileno, sin ceder jamás a la tentación de distraerse con ilusiones de fuera (págs. 25-30).

En años siguientes, Armando Moock no se mantuvo dentro de la realidad nacional, ya que por haber vivido en el extranjero, más de una vez hubo de ceder a la necesidad de ofrecer a su público otros temas: pero en todo caso, dentro de lo vernáculo cuenta también escenas de primer orden. Es significativo que en medio de la habitual negación de la crítica literaria chilena por lo chileno, ha sido necesario que a Moock se le estudie en el extranjero para que en su patria se le vuelva a saludar como excelente dramaturgo. En medio de las fechas correspondientes a los autores mencionados, el señor Durán

cita y estudia, por cierto, a muchos otros, a saber: Juan Rafael Allende (p. 37), Daniel Caldera (p. 34), Domingo A. Izquierdo (p. 43), Eduardo Barrios (p. 46), Antonio Acevedo Hernández (p. 56) y muchos más, que fuera prolijo reseñar. Dentro de las setenta y ocho páginas del estudio, el señor Durán ha querido que nadie se le escape y, sin duda, lo ha logrado. Lo que sí echamos de menos es un índice de nombres citados, donde pudieran seguirse puntualmente las observaciones nominales que constituyen el estudio.

Después de las páginas del panorama propiamente tal, viene una antología, donde leemos *Los amores del poeta*, de Carlos Bello; *Como en Santiago*, de Daniel Barros Grez; *El tribunal de honor*, de Daniel Caldera; *La Quintrala*, de Domingo A. Izquierdo; *Pueblecito*, de Armando Mook, y *La Canción rota*, de Antonio Acevedo Hernández. Si se observan los rasgos intrínsecos de la composición de estas piezas, se verá que todas ellas difieren grandemente, ya que mientras la de Bello mueve muñecos titulados, de gran mundo, en torno a problemas pasionales de elevadísima sustancia, en la de Acevedo Hernández se explotan diferencias económicas y de psicología dentro de la labor campesina, con personajes tal vez algo toscos. Cada una es una nota distinta, y el conjunto indica cómo es verdad que en Chile ha habido teatro, aun cuando lo negaran reiteradamente los historiadores de la literatura y, además, los críticos literarios motejaran el producto de vil, inartístico e inelegante. Con la antología, en suma, se prueba la justeza de las observaciones del panorama, en cuanto a examen crítico de un fenómeno literario.

De las excelencias de la labor que ha echado sobre sí el señor Durán, tan cabal, tan ajustada, tan concienzudamente llevada a cabo, descendamos a la prosa de la impresión. Difícil imaginar desconcierto igual. Parece que, por economía, ciertas imprentas chilenas han suprimido el departamento de corrección de pruebas; y que, por lo tanto, los libros han de salir como puedan organizarse espontáneamente las letras en las matrices de la linotipia. ¿Nunca habrá reacción en estas tareas mecánicas, que no son por lo demás cosa del otro mundo? Las notas al texto (págs. 69-78) no se hallarán al pie de las páginas res-

pectivas, sino al final del estudio, lo que es un estupendo expediente para que nadie las consulte, y la nota 26 (p. 34) ha sido omitida, a fin de distraer al lector de cosas peores. Tres veces se da la fecha de nacimiento de Daniel Caldera, y las tres son diferentes: 1851, 1852 y 1853. Y así, hasta la náusea.

A pesar de las reiteradas injurias que la impresión inflige al estudio del señor Durán, debe saludársele como una excelente guía metódica para introducir en la consideración crítica del teatro chileno, reivindicado por este ensayo al decoroso nivel que de justicia le corresponde.

RAÚL SILVA CASTRO.

*"De otra arcilla", por Gloria Montaldo.*

Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1960

Quizás estamos frente a esa novela autobiográfica que todo ser humano ha vivido. Si las aventuras están bien narradas, si el lenguaje es funcional y adecuado, el problema está resuelto. Ahora bien, el interés puede darse en función de los lectores, de la situación espiritual de quien distrae sus ocios, bien sea para sufrir o para gozar por los contrastes. En ello radica el éxito de algunas producciones novelescas.

También es posible que Gloria Montaldo haya hecho malabarismos de imaginación. Y que la historia sea inventada. Los cultores de la estilística actual dicen que la solución de este dilema es de sumo interés para la valoración de la obra. Es muy fácil que los estilistas estén equivocados, no obstante la solvencia intelectual de quienes se dedican a calar las literaturas.

Gloria Montaldo nos cuenta la historia sentimental de una mujer joven. Es una profesora de castellano, ha llegado a un pueblecillo, en donde toda insinceridad tiene su asiento. Allí conoce a tipos singulares. Entre ellos al hombre que habrá de convertirse en venero de mal de amores. La solución, que ya se